



Los fantasmas de Happy Valley



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

JULIET BARNES

Los fantasmas de Happy Valley

En busca del mundo perdido
de los aristócratas libertinos de África

Traducción de José Luis Piquero

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Fuera de sí. Contemporáneos, 26

Título original: *The Ghosts of Happy Valley. Searching for the Lost World of Africa's Infamous Aristocrats*

© Juliet Barnes, 2013

© Aurum Press, The Quarto Group, Londres, 2013

© De la traducción del inglés, José Luis Piquero, 2024

© De esta edición: Festina Lente Ediciones SLU, 2024

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo, 2024

Publicado por La Línea del Horizonte Ediciones

C/ Mesón de Paredes, 73 | 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Fotografía de cubierta : © Illustrated London News Ltd/Mary Evans.

Lady Idina Gordon

Fotografía de portadilla : © Illustrated London News Ltd/Mary Evans. *Josslyn e Idina Hay en Slains, su granja en Kenia*. Desde la izquierda: Josslyn Hay, el mayor Roberts, el mayor J. Grant, Lady Idina Hay, la señora C. Birkbeck, la princesa Philippe de Bourbon y la señora Grant.

ISBN: 978-84-127475-6-0 | THEMA: WTL, 1HFGK | Depósito Legal: M-11876-2024

Imprime: Cofás | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

SUMARIO

I. NUBES, HUMO Y ESPEJOS	(13)
1. Un guía inesperado al centro del escándalo	(15)
2. Destino desconocido	(27)
3. Una noche en Las Nubes	(43)
4. Pensamientos, palabras y recuerdos brumosos	(54)
5. La búsqueda de Slains	(70)
6. Slains desenterrado	(95)
7. Fútbol después del suicidio	(103)
8. Recuerdos y sueños de Alice	(115)
II. JUEGO SUCIO Y ASESINATO	(127)
9. En el corazón del valle	(129)
10. El primero y el maldito	(147)
11. La casa del terror	(158)
12. Los huesos de Alice	(167)
13. El hombre mono y más maldades	(176)
14. Historias de torturas y muchas tazas de té	(188)
15. La casa de la puerta dorada	(205)
16. De las cuevas a la grandeza	(215)
17. Tiempos de cambio	(222)
18. Asesinato bajo la montaña	(236)
19. En busca de la casa de Fergusson	(244)

III. POLÍTICA, BALAS Y CORAZONES ROTOS	(261)
20. El amor, la pérdida y el dolor de la ausente	(263)
21. La seductora y los pensamientos asesinos	(274)
22. Un espíritu inquebrantable	(288)
23. El valle que llamaban feliz	(295)
24. El jardín secreto de Happy Valley	(304)
25. Un picnic bajo el candelabro	(314)
26. Polo y terrorismo	(324)
27. Un legado italiano	(336)
28. Sale Happy Valley, entran Diana y el resto del séquito	(347)
29. Muchos motivos para matar	(363)
30. Conclusiones en Las Nubes	(392)
AGRADECIMIENTOS	(405)
CRONOLOGÍA	(409)
BIBLIOGRAFÍA	(413)
ÍNDICE ONOMÁSTICO	(417)

Para Solomon

I

NUBES, HUMO Y ESPEJOS

1

UN GUÍA INESPERADO AL CENTRO DEL ESCÁNDALO

Mi madre y otras artistas estaban pintando flamencos junto al lago Elmenteita el día que conocí a Solomon. Era una calurosa tarde de enero de 2000, y se habían reunido todas para tomar el té en la galería de mi casa en el corazón de Rift Valley en Kenia. Solomon se levantó de un salto para abrir la verja, sin apenas esperar a que saliera de mi Land Rover antes de estrecharme la mano con mucha fuerza. Miré con curiosidad a aquel hombre negro, alto, con sus dientes blancos, sus penetrantes ojos negros y su aspecto ligeramente descuidado. Parecía indiferente al hecho de ser el extraño de aquel té. El único hombre y la única persona negra. Solomon iba vestido con un chándal rojo desteñido y zapatillas desgastadas de lona, y tocado con una gorra visera de cuero pintada a mano con hojas y lagartos. Su apellido, Gitau, es un nombre kikuyu, pero Solomon guarda poco parecido con ese pueblo africano de estatura más bien baja y piel clara.

Mi madre me había hablado alguna vez de Solomon: es un activista en la zona que solían llamar Happy Valley. En la época colonial, varios personajes turbios se habían creado un nombre en ese valle de las tierras altas, pero a día de hoy es el nombre de Solomon Gitau el que se pronuncia con disimulado tono de escándalo. Su defensa decidida de los últimos monos colobos de la zona y de su hábitat forestal en peligro había provocado la ira de sus vecinos y de las autoridades locales, sobre todo cuando interfirió con el lucrativo negocio de la caza furtiva. Lo llamaban «hombre mono» y la mayoría de sus vecinos lo consideraban un loco. Yo sabía que, a pesar de no contar con ingresos regulares, luchaba por

replantar árboles en la zona situada entre Rift Valley y los montes Aberdare, mientras prestaba su voz a las criaturas salvajes del bosque. Había sido brutalmente torturado por las autoridades debido a su valiente determinación, amenazado y saboteado muchas veces, pero no habían conseguido doblegarlo, y seguía creando grupos conservacionistas por toda el área y más allá, sin cejar en su empeño optimista de salvar el legado natural de una zona tanto tiempo olvidada. Cuando hoy en día los ocasionales visitantes atraviesan Happy Valley, suelen hacerlo de camino al Parque Nacional de Aberdare, adonde huyó la mayor parte de la vida salvaje en el momento en que, tras la independencia de Kenia, la población humana creció de forma masiva.

El año anterior, Solomon había escrito a mano la historia de su vida y se la había dado a mi madre para que la corrigiese, porque le resulta difícil escribir en inglés. Yo había ojeado sin mucho interés el viejo y mugriento cuaderno de ejercicios forrado con papel de periódico, pero una vez que lo abrí y leí algunos párrafos, de inmediato me sentí obligada a terminar aquella autobiografía tan extraña y fascinante. Solomon nació en el corazón de Happy Valley —justo antes de que se marchara el último colono blanco— y su historia es extraordinaria.

Resulta sorprendente que la cadena de montañas volcánicas de Kenia, en forma de meseta, siga siendo conocida por su nombre colonial británico, los Aberdares, a pesar de que después de la independencia se rebautizara oficialmente como cordillera de Nyandarua. Estas montañas se elevan hasta los 4000 metros, mientras que muy cerca, en dirección oeste, se encuentra el más pequeño y achatado monte Kipipiri, con una altura de 3300 metros. Happy Valley es el valle alto y verde encajado entre las dos y

se extiende por toda el área circundante hacia el norte y el oeste. Ahora está densamente poblado por granjeros africanos, la mayoría de los cuales nacieron mucho después de que se fuera la hedonista camarilla de los colonos blancos que vivieron allí solo durante unas pocas décadas.

El Protectorado Británico del Este de África, parte del cual se convirtió en la colonia de Kenia, atrajo a una multitud de colonos blancos, aristócratas, aventureros y rebeldes, en las primeras décadas del siglo xx. Un puñado de ellos, el grupo de intercambio de parejas de Happy Valley, aprovecharon el espacio y la libertad de los imponentes paisajes de Kenia para comportarse con salvaje desenfreno, y enfangaron a sus compañeros colonos con la dudosa reputación asociada a una pandilla de lo más promiscua. El cénit transitorio de este círculo durante los años veinte y treinta, con su profusión de sexo, drogas y a la postre el misterioso asesinato de un conde en 1941, se enmarca de manera fascinante dentro de un siglo dramáticamente colorista, lo que quizá contribuye también a que esta antigua y atractiva colonia, a horcajadas sobre el ecuador, siga seduciendo al mundo. Además, está la cuestión de la tierra. La tribu keniana de los kikuyu, que se sintió despojada de las mejores tierras de su país, inició y libró una guerra de guerrillas en los años cincuenta. Conocida como Mau Mau, ocupó a diario los titulares de la prensa británica. Los kikuyu son la tribu más numerosa de Kenia, aunque solo es una de las más de cuarenta en el país. El primer y el tercer presidente de Kenia fueron kikuyu, y se da la circunstancia de que Happy Valley está hoy poblada por kikuyu.

Una mística indefinible flota sobre esa camarilla de colonos libertinos que mancharon el buen nombre de Happy Valley en el periodo de entreguerras, y cuyas procazes excentricidades parecían tener prioridad sobre el cuidado de las haciendas. Pero, como señaló Elspeth

Huxley, experta escritora sobre Kenia, en su libro *Forks and Hope* (*Encrucijadas y esperanzas*):

Empapados en ginebra como estaban, se dedicaron a realzar, más que a dañar, los encantos naturales de su valle, porque dejaron en paz los árboles autóctonos y crearon jardines de excepcional belleza, plantaron prados para vacas *guernsey* amarillas como la manteca, repoblaron los ríos con truchas y construyeron atractivos bungalós de madera local con tejados de tabilla y engalanados con enredaderas.

Además, el comportamiento decadente no quedaba restringido a Happy Valley. Aristócratas y miembros de la realeza de todo el mundo se unieron a la diversión. Eduardo, príncipe de Gales, y su hermano Enrique, duque de Gloucester, vinieron a Kenia de safari en 1928 y 1930, y sus conquistas no se limitaron al reino animal. La elegante piloto y entrenadora de caballos de carreras Beryl Markham, la primera mujer en volar en solitario de Inglaterra a América, probablemente obtuvo aquí sus mejores marcas. Sus muchos amantes incluían a lord Erroll, al cazador profesional barón Bror Blixen, casado con la famosa Karen de *Memorias de África* (*Out of Africa*), y al honorable Denys Finch Hatton, también amante de Karen Blixen e inspirador de su libro. Alta, rubia y hermosa, Beryl —ya en su segundo matrimonio tras una educación bohemia en Kenia— se las arregló para tener aventuras con el príncipe y el duque de forma simultánea, ¡hasta que el Palacio de Buckingham le pagó para alejarse de ellos durante el resto de su vida!

Pero es en Happy Valley donde aún se concentra el interés. El escándalo en Kenia había adquirido una nueva dimensión en 1923. Fue ese año cuando lady Idina Hay llegó para instalarse en la región: se había divorciado dos veces y era ocho años mayor que su nuevo marido, el

atractivo y aristocrático Honorable Josslyn Hay, 22.º conde de Erroll. Idina estaba destinada a convertirse en la maestra de ceremonias de Happy Valley, y la afición de su tercer marido por la variedad sexual no constituía ningún impedimento. Si añadimos a Alice de Janzé, mimada heredera norteamericana casada con un conde francés, y a varios indeseables adinerados más, aquí empiezan las verdaderas historias de Happy Valley.

El apogeo de Happy Valley fue breve, aunque duró más que el tercer matrimonio de Idina. En 1939, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Josslyn Hay, ahora conde de Erroll —su segunda esposa Mary, condesa de Erroll, había muerto a causa de un estilo de vida que incluía el consumo excesivo de alcohol y drogas— se encontraba ocupado en su aventura con otra mujer casada, Phyllis Filmer. El romance terminó con la llegada a Kenia de los recién casados sir Jock y Diana Broughton a finales de 1940. Alquilaron una casa en Nairobi, en el frondoso barrio de Karen, bautizado así en honor a la baronesa Karen Blixen después de que dejara Kenia en 1931.

Sir Jock Delves Broughton era treinta años mayor que su llamativa esposa rubia. Tenían un acuerdo escrito de que él no la retendría si ella conocía a otro, cosa que hizo de inmediato. Diana se enamoró locamente y de forma pública de Erroll, y este pareció corresponderla. Idina, Phyllis y otra notoria amante de Erroll, Alice de Trafford, antes de Janzé, se unieron en su aversión por Diana.

Dos meses después, a la pálida luz del amanecer, unos africanos que pasaban encontraron a Erroll muerto, con una bala en la cabeza, acurrucado en posición fetal bajo el asiento de su Buick, que casi había volcado en un pozo de grava al borde del camino, como a un kilómetro y medio de la casa de Broughton.

Tras cenar y beber en el local de reunión colonial más popular de Nairobi, el Muthaiga Club, con Diana, su

marido y un amigo, Erroll había llevado a Diana a bailar, había echado un polvo rápido con ella en su casa de Muthaiga y por último la había dejado en casa a altas horas de la madrugada. Muthaiga es un suburbio de Nairobi en el lado opuesto a Karen, pero en mitad de la noche lo más probable es que no hubiera ningún tráfico. Era evidente que Erroll había emprendido el camino de vuelta a Muthaiga cuando alguien lo interceptó. ¿O su asesino iba escondido en la parte trasera del coche? ¿O quizá le dispararon en casa de Broughton, y luego el asesino o un cómplice pusieron el cuerpo en el coche?

Sir Jock fue arrestado y acusado de matar a Erroll, lo que condujo al juicio más largo que hubiera conocido nunca África central: tres semanas. El mundo estaba en guerra, lo que hacía que los titulares de la colonia resultasen doblemente embarazosos. Entre tanto, las pruebas policiales eran inconsistentes y habían sido mal custodiadas. En retrospectiva, también esto resultó sospechoso.

Como preparación, Diana voló a Sudáfrica para encontrarse con el experto en balística y renovar por completo su vestuario, algo diferente y llamativo para cada día del juicio. En el Muthaiga Club, la atmósfera estaba cargada de aprensión: ¿sería su esposo cornudo el primer blanco en ser ahorcado en Kenia?

Durante el juicio, Alice, Idina y Phyllis se pusieron sus mejores galas y se sentaron juntas, sin perder de vista la espalda impecablemente vestida de Diana. Sin duda, muchas otras mujeres en la sala también fantaseaban con lanzarle invisibles flechas envenenadas. Si alguna de ellas sabía algo sobre el crimen, nunca lo dijo. ¿O es que estaban todas tan borrachas aquella fatídica noche que no recordaban lo que había sucedido?

No se llegó a ninguna conclusión y nadie fue declarado culpable, pero desde entonces ha habido muchas especulaciones acerca del asesino de Erroll y su móvil, y

se han llevado a cabo interminables investigaciones en busca de la verdad. La publicidad del caso ha contribuido a mantener vivas las historias: mucho más que si la víctima hubiera sido un colono trabajador y felizmente casado.

Sir Jock se suicidó el año siguiente. Diana Broughton, entre tanto, guardó luto durante dos años antes de casarse con el hurraño y rico hacendado Gilbert Colvile. Incluso lo persuadió para que le comprase la casa en la que su antiguo amante había vivido con su mujer Mary. En 1955, catorce años después del crimen, Diana se casó por cuarta vez; en esa ocasión el elegido fue lord Delamere, vecino y mejor amigo de Colvile.

Casi un siglo más tarde, esa irresistible intriga aún perdura desde el apogeo del depravado Happy Valley de Kenia, dos vertiginosas décadas que culminaron con el asesinato sin resolver de lord Erroll. La controversia sigue viva, aunque muchos autores han propuesto distintas teorías desde que el primer libro sobre el misterio, *Pasiones en Kenia* (*White Mischief*, 1982), de James Fox —llevado al cine con Charles Dance, Greta Scacchi y Joss Ackland en los principales papeles— reavivó el interés por el caso. El hombre (algunos dicen la mujer) que disparó una bala en la cabeza del mujeriego conde murió sin revelar su secreto. Sorprendentemente, quizá, ninguno de los demás miembros del círculo íntimo del hedonista Happy Valley contó tampoco nada.

Solomon era un niño cuando Kenia declaró su independencia del dominio británico en 1963: los colonos blancos se fueron marchando y sus granjas se dividieron y asignaron a kenianos nativos. Con el paso de los años, Solomon contempló el rápido aumento de población de su propio pueblo kikuyu, que contribuyó a la destrucción sin sentido de los bosques montañosos autóctonos. A día de hoy, la tala incontrolada de árboles provoca que ríos antes fiables

se sequen o se desborden, arrastrando valiosas capas de suelo hasta los lagos de Rift Valley. El libro de Solomon no tiene finales felices.

Tras intercambiar cumplidos con los demás invitados, le pregunté a Solomon por su labor conservacionista, que desarrolla de forma totalmente voluntaria. Habló sin reservas, mientras su voz ronca ascendía y descendía de forma musical, llena de convicción y emoción. Su pobre inglés me sorprendió; esperaba que aquel hombre que tenía las ideas tan claras en cuanto a cambiar las cosas fuera más sofisticado. Los agricultores kenianos de subsistencia suelen tener problemas mucho más acuciantes que salvar los árboles o a los animales salvajes, los cuales representan para ellos, respectivamente, sacos de carbón vegetal y plagas. Como la mayor parte de la población rural de Kenia, en rápido crecimiento, Solomon siempre ha vivido en una casa sencilla, sin electricidad ni agua corriente; hay pocas carreteras en buen estado u otras comunicaciones, y las oportunidades educativas son limitadas.

Gesticulaba con manos finas y delicadas y sonreía ampliamente mientras hablaba con pasión de monos y árboles, pero de pronto frunció el ceño al mencionar las crecientes amenazas que pesan sobre ellos. Había en Solomon algo dinámico: su entusiasmo, su seductora sonrisa y su actitud positiva resultaban contagiosos.

Hicimos una pausa para escuchar el rebuzno cantarín de la cebra. Una manada de impalas jóvenes saltaba a través de los arbustos de espino, levantando el polvo hacia un cielo azul sin nubes. Le pregunté a Solomon por su «libro», cuya historia había presentado con una comparación inesperada:

Si no conoce Happy Valley, intente visitar la zona. Por todo Happy Valley hay numerosas casas históricas. Los espíritus de

los blancos muertos que solían residir en esas casas viven en los africanos que ahora habitan allí. Mientras leía el libro *Pasiones en Kenia* comprendí que no hay mucha diferencia entre esos blancos y los africanos actuales que viven en Happy Valley.

El aire era seco y podía oler algo muerto: las hienas y chacales saldrían esa noche. Excepto por los indómitos arbustos de buganvilla escarlata, mi jardín era como un desierto. Pensé en lo improbable que parecía que un keniano negro mostrara algún interés por un grupo de personajes coloniales que habían adquirido fama póstuma sin hacer nada constructivo, pero nuestra conversación alrededor de unas tazas de té y unos bizcochos con mermelada de grosella del Cabo (hecha por una de las artistas) pronto pasó del libro de Solomon a las antiguas casas de Happy Valley.

En la actualidad, todos los terratenientes importantes de Happy Valley son políticos negros inmensamente ricos, a pesar de los constantes rumores sobre la fuente de sus ingresos. En las antiguas tierras de cultivo conocidas como «tierras altas blancas» —que rodean e incluyen Happy Valley—, no es inusual encontrar una granja que pertenece a algún político poderoso o un hacendado ausente con muchos otros intereses comerciales. Mientras su esposa vuela a Europa a comprar ropa de diseño y sus hijos estudian en colegios privados de Gran Bretaña o Estados Unidos, a los trabajadores de su granja raramente se les paga más que el salario mínimo por trabajos no cualificados, y ganan al mes menos de lo que su jefe se gasta en una botella de champán importado en el Muithaga Club.

El tren de pasajeros, «el tren lunático», construido originalmente por los británicos con enormes gastos, ya no circula a diario entre Mombasa y Nairobi, ni tampoco llega a Kisumu. La pequeña estación de Gilgil, en Rift

Valley, fue un día el punto de partida para los pasajeros blancos que se dirigían a Happy Valley o más allá, los cuales solían parar en el hotel Gilgil, abierto en 1920 por lady Colvile, madre de Gilbert y durante un tiempo suegra de Diana. Hoy pocos pasajeros se bajan en Gilgil, y ninguno blanco. Al hotel Gilgil, que ha cambiado de dueño varias veces y tras la independencia de Kenia se convirtió en un burdel, la comunidad blanca de Gilgil lo llama mordazmente el «Molin Rouge». En la actualidad ofrece viviendas miserables a muchas familias en una ciudad de carretera en expansión, cada vez más descuidada, que se vio invadida por desplazados kenianos durante la violencia poselectoral a comienzos de 2008. A lo largo de las diversas carreteras desde Gilgil a Happy Valley, la tierra está en su mayor parte en manos de kikuyu. La población no deja de crecer, las granjas se vuelven más pequeñas y crean un intrincado paisaje de parcelas, cuyos bordes se difuminan entre árboles no autóctonos de crecimiento rápido. El bosque retrocede, y los Aberdares y Kipipiri arden de forma regular.

—Puedo llevarla a Happy Valley —dijo Solomon mientras se servía otro bizcocho—. ¿Podría usted escribir la historia!

Siempre había querido explorar la zona: había leído *Pasiones en Kenia*, que hablaba de una casa llamada Las Nubes que había sido el cuartel general para salvajes sesiones de parranda en las que intercambiabas por una noche a tu marido por el marido de alguien. Yo era escéptica acerca de descubrir otra teoría sobre quién había matado al conde de Erroll, menos aún repetir lo que sucedía en esas fiestas que organizaba lady Idina. Pero la perspectiva de ver las viejas casas abandonadas de Happy Valley resultaba interesante. Al igual que llegar a

conocer a Solomon y descubrir lo que le había inspirado a seguir con tanta determinación una vocación tan inusual. Como Ralph Waldo Emerson dijo una vez: «La utilidad de la historia es poner en valor el presente y su deber». Pero yo añadiría la opinión de Goethe: «Lo mejor que obtenemos de la historia es el entusiasmo que despierta en nosotros».

Las Nubes aún seguía en pie, decía la gente. Alguien la había visto desde el aire, pero nadie sabía cómo llegar allí por carretera.

—Hoy en día no verá allí una cara blanca —me había advertido un granjero blanco anciano, ya retirado.

—¡Todas esas carreteras son terribles! —me había prevenido otro.

—En los tiempos que corren, en esa zona la atracarán. ¡Es todo país kikuyu! —continuaba el granjero—. No debe ir sola.

—Tiene que acompañarla alguien que lleve un arma —me había dicho otro anciano aún más inquieto.

Lo cierto es que Solomon no tiene un arma; no me lo imagino matando ni a una cucaracha. Pero sus recorridos a pie por la zona lo han familiarizado con los alrededores de todas esas ruinas en descomposición que un día fueron hogares de alguien. Y su lengua nativa es el kikuyu, lo que hace de él el guía perfecto.

—¡Cuando vea esas viejas casas de los blancos —dijo Solomon con aire conspirativo—, querrá escribir sus auténticas historias!

Yo no estaba tan segura. En ese punto solo era un guía potencial en una zona que siempre me había resultado fascinante.

—Hay algunas historias —prosiguió Solomon abriendo mucho los ojos—. Historias terribles. Usted será la primera blanca en escucharlas.

—Puede escribir sobre las viejas casas —sugirió una de las artistas mientras añadía algunas pinceladas a su cuadro de flamencos.

Una súbita ráfaga de viento levantó nubes de polvo en la galería y todos cubrimos con la mano nuestras tazas de té.

2

DESTINO DESCONOCIDO

Una mañana de febrero de 2000, muy temprano, me encontré con Solomon en un inspirador pueblo de carretera llamado Captain, a una hora, pisando baches, de mi casa. «Se llama así por el capitán Colville», dijo Solomon. Según el anciano de Gilgil Ray Terry, se trataba del capitán Archie Colville, sin relación con el Colville que había sido el tercer marido de Diana Broughton. Captain, el pueblo, se extiende de forma desordenada a lo largo de una intersección de la carretera principal de Gilgil a Nyahururu. Esta última ciudad se llamaba antes Thomson's Falls por el explorador escocés Joseph Thomson, el primero en admirar las cataratas en 1883.

Tras abandonar el asfalto, giramos a la derecha y nos dirigimos hacia la distante masa azul de los Aberdares, con la conversación sofocada por los traqueos de protesta de mi viejo Land Rover mientras avanzaba por la carretera rocosa y llena de baches, marcada en el mapa como la «antigua carretera de Wanjohi». Solomon, gritando por encima del ruido del motor, señalaba las viejas casas de los colonos, apenas reconocibles como tales en este país tan densamente poblado. Hoy, los nuevos asentamientos de los kikuyu eran una mezcla incongruente de casas de una habitación en pequeñas parcelas y granjas más grandes: viviendas de fin de semana que ostentaban grandes techumbres de tejas rojas. Muchas de estas últimas eran propiedad de políticos ricos, a los que Solomon se refería con aire de desaprobación. En esa época ya no vivía ningún blanco en Happy Valley, a excepción de un holandés que cultivaba flores para un keniano rico. De vez en cuando pasaba algún trabajador voluntario, dijo Solomon, pero en algunas aldeas que visitamos los niños nunca habían visto a un blanco.

Al ir acercándonos a la masa azul de los Aberdares, sentí una punzada de emoción y me pregunté si llevaría en el coche por alguna parte un boli y un cuaderno. Ni siquiera me había traído una cámara. Se suponía que el improvisado viaje por Happy Valley solo sería una interesante excursión de un día.

Eso íbamos a verlo. Arrastré mi Land Rover por kilómetros de más carreteras rocosas y llenas de baches, profundos canales y barrancos arrancados de sus inestables superficies por las pesadas lluvias de los años anteriores, incluyendo los aguaceros torrenciales y las consiguientes inundaciones de El Niño en 1997. Nos detuvimos a mirar algunas casas en ruinas, escondidas tras setos de ciprés sin podar de diez metros de altura, postes de vallas de cedro cubiertas de mechones verdes de muermera, restos de depósitos, abrevaderos para el ganado y puentes que, según Solomon, se habían construido en los años veinte. Me quedé maravillada ante una vieja rosa que trepaba por un trozo de pared: un recuerdo de la dama extranjera, pálida y sin rostro, que había ordenado plantarla. Sin dejarse intimidar por los cincuenta años siguientes de abandono, el arbusto había logrado sobrevivir de algún modo, incluso sin que algún «jardiner» mal pagado lo cuidara.

Algunas casas estaban intactas. Otras habían desaparecido, dejando solo unos cimientos de piedra o una chimenea de ladrillo. Muchas de esas viviendas antaño lujosas se encontraban vacías, supuestamente encantadas. Las habitaciones de otro tiempo ahora eran el hogar de familias locales o escuelas casi sin fondos. La mayoría de esta gente era extremadamente pobre desde cualquier punto de vista, y aun así nos ofrecieron una hospitalidad incondicional: nos invitaban a tomar el té, incluso a compartir su comida. Un maestro al que el gobierno no pagaba dijo que estaba escribiendo la

historia del Mau Mau, que había surgido en aquella región. ¿Podría yo publicarla? Otro hombre, de pelo blanco y medio ciego, al que llevamos en el coche se rio al decirnos que recordaba «a aquella gente blanca»...

Habíamos planeado que nuestro destino, hacia el final de aquel día largo y agotador, sería la mismísima Las Nubes, que, según el rumor popular, había sido el remolino de Happy Valley, el lugar que lo tragaba a uno: la sexi y seductora lady Idina había vivido allí y organizado sin ningún pudor aquellas decadentes fiestas en las que se supone que incitaba a sus invitados a sumergirse en aventuras eróticas. «¿Estás casado o vives en Kenia?» siempre se había considerado un gran chiste, bien servido entre los *gin-tonics* y el escocés. Happy Valley ha quedado pintado de forma permanente en la historia de Kenia, si bien con un pincel británico. La fascinación continúa, avivada por su leyenda, que se reescribe con frecuencia.

El acuerdo anglo-alemán de 1890 dividió el este de África en las zonas británica y alemana, y el interior de Kenia se convirtió en protectorado británico en 1895. Las mejores tierras de labranza de Kenia se encuentran en las tierras altas y cubren menos del 25 % de un país predominantemente semiárido. Las tierras más valiosas, con suelos fértiles y bien regados y dos estaciones lluviosas al año, incluían lo que más adelante se llamaría Happy Valley —la zona alrededor del valle de Waniohi y Kipipiri—, con poca población por entonces, lo que resultaba incitante, y solo algún recolector de miel dorobo atravesaba los bosques frondosos y los verdes claros. Era también una ruta de pastoreo para los nómadas masái, que dejaron su sello en los nombres de ciertos lugares: Kipipiri es masái.

El primer colono blanco en la zona fue Geoffrey Buxton, que llegó en 1906 y construyó su casa de barro y ladrillo unos pocos años más tarde: la primera casa de

estilo inglés en Happy Valley. El Plan de Asentamiento de Soldados de 1919 supuso una mayor distribución de tierras en el África oriental británica, con ofertas de arrendamiento de entre 99 y 999 años para colonos de origen europeo puro que hubieran servido en una unidad imperial reconocida oficialmente. Fue un intento de aumentar la población blanca y a la vez traer desarrollo económico a la zona. Pero también tenía que ver con la protección: existía una nueva amenaza de descontento africano después de que las tropas africanas que habían luchado en la Primera Guerra Mundial hubieran visto lo fácil que resultaba matar a hombres blancos.

El plan atrajo a muchos antiguos alumnos de Eton. La guerra había interrumpido las carreras de toda una generación, pero asentarse en África facilitaba su retorno a la paz y les proporcionaba el atractivo añadido de mantener su estatus entre los africanos sin educación. Kenia, proclamada colonia en 1920, ya estaba adquiriendo la reputación de ser «la Cantina de los Oficiales». Entre tanto, Gran Bretaña impuso impuestos a los africanos y los obligó a trabajar de jornaleros en Nairobi o en las granjas blancas. Tampoco se les permitió cultivar para la exportación, no fuera que bajasen los estándares.

Luego vino la era fugaz de lady Idina y sus amigos afines en la búsqueda del placer, un indulgente estilo de vida que la Segunda Guerra Mundial acabó por barrer. Después las cosas cambiaron muy rápido. Aún se produjo cierta afluencia de colonos blancos que huían de la austeridad posbélica británica, los elevados impuestos y el gobierno laborista. Hacia principios de los años cincuenta la antigua camarilla de Happy Valley se había desvanecido: la mayoría de las haciendas más grandes se dividieron en granjas más pequeñas, aunque aún grandes para los estándares británicos. Las casas en las que los primeros colonos se divertían con imprudente

desenfreno eran ahora hogares para diferentes tipos de familias. En general, estos colonos blancos no eran aristócratas ni ricos, y trabajaban duro para ganarse la vida con las ovejas y el pelitre, este último un cultivo comercial que crece bien en las tierras altas de Kenia y cuyas flores se usan en la fabricación de insecticidas. Ahora las esposas de los colonos solían estar demasiado ocupadas en cosas como educar a sus hijos, plantar huertos y elaborar mermeladas y encurtidos, como para ir por ahí con ropa de diseño lanzando miradas lascivas a los maridos vecinos. Pero su estilo de vida no estaba destinado a perdurar mucho más que el de sus predecesores.

Allá por 1907, Winston Churchill había advertido, tras visitar Kenia: «Ya existen, en miniatura, todos los elementos para profundas desavenencias raciales y políticas». Casi medio siglo después ningún negro tenía siquiera el derecho al voto, por no hablar de reclamar la tierra sagrada de sus ancestros. La resistencia clandestina que había surgido en los años cuarenta como Organización Central Kikuyu mostraba a principios de los cincuenta una fuerte aversión al dominio británico, y sus miembros prestaban juramento secreto de fraternidad. En 1952, se declaró el estado de emergencia. La revuelta Mau Mau, que ya duraba ocho años, constituía una amenaza a la existencia de los granjeros blancos, y Happy Valley estaba justo en el centro de todo eso.

Ahora los colonos vivían bajo el terror de que sus antiguos y leales trabajadores se volvieran contra ellos y colaborasen en su asesinato. Mutilaban a las vacas; los kikuyu que no jurasen lealtad al Mau Mau eran destripados y despedazados. Varios granjeros blancos fueron atacados brutalmente; en el Kinangop, no lejos de Las Nubes, los Ruck y su pequeño hijo fueron asesinados, el niño en su cama. Luego aconteció el espeluznante asesinato de dos granjeros blancos, Charles Fergusson y Richard

Bingley, mientras se sentaban a cenar en su casa en el extremo norte de Happy Valley. Mientras los luchadores por la libertad kikuyu seguían agitando una atmósfera cargada de miedo y desconfianza, la formidable nueva generación de *memsahibs* de Happy Valley dormía con armas bajo la almohada en edificios fortificados para protegerse de ataques nocturnos, mientras sus maridos se alistaban en el Regimiento de Kenia e iban a combatir contra los hombres decididos y valientes que se escondían en las selvas impenetrables del monte Kenia y los Aberdares.

Con el pelo largo y sucios, los luchadores por la libertad kikuyu conocían el camino a través de la espesura y lograban esquivar el peligro de maneras que desconcertaban a los británicos. Ni siquiera la RAF con sus bombardeos sobre los bosques montañosos conseguía desalojarlos o sabotear sus equipos de mujeres de apoyo que entregaban comida y mensajes. Como señala Elspeth Huxley en *Nine Faces of Kenya* (*Nueve rostros de Kenia*): «Los soldados británicos, que llevaban botas y olían a jabón y a cigarrillos, tenían pocas posibilidades de éxito frente a las partidas de los bosques aliadas con la fauna local». Cada vez más, el Regimiento de Kenia se veía obligado a recurrir a partidas paramilitares de colonos, fuertemente camuflados, que se aventuraban en el corazón de los bosques.

Los tiempos iban a cambiar, y Jomo Kenyatta, líder kikuyu del partido de la Unión Nacional Africana de Kenia (KANU), fue liberado de la cárcel en 1961 para convertirse en el primer ministro del país cuando la bandera de Kenia se izó la medianoche del 12 de diciembre de 1963 entre el júbilo de la población y fuegos artificiales. Era el momento: la India se había deshecho del dominio británico en 1947 y diez años después Ghana se había convertido en la primera colonia independiente del África británica. Como consigna Jeremy Murray-Brown en *Kenyatta*, el nuevo primer ministro (cuyo título se

convertiría en presidente al siguiente año) dijo: «Este es el día más grande en la historia de Kenia y el más feliz de mi vida»; y sonrió cuando el duque de Edimburgo le susurró: «¿No quieren cambiar de opinión?».

Kenia fue la primera colonia de blancos en conseguir un gobierno africano. Cuatro meses antes de la independencia, Kenyatta se había dirigido en Nakuru a una multitud de varios cientos de colonos blancos escépticos y nerviosos y el tema principal fue el perdón por ambas partes. Les aseguró que aún tenían un futuro en la Kenia independiente, pero que podían, si así lo deseaban, vender sus granjas. Tenía respaldo financiero británico: un fondo de reasentamiento de 20 millones de libras para comprar granjas para los kenianos negros, con ayuda de Alemania occidental y el Banco Mundial a la hora de aportar el resto.

Con el lanzamiento del «plan de las 500 000 hectáreas» se compró más que esa cantidad de tierra, propiedad de 780 granjeros blancos, para asentar a aproximadamente 35 000 familias kenianas a finales de 1971.

Ningún granjero blanco se quedó en Happy Valley. Según Richard Cox en *Kenyatta's Country (El país de Kenyatta, 1965)*, el plan de reasentamiento en el área cercana a Las Nubes, que se encuentra a una altitud de 2500 metros, no iba bien. La describe como «una tierra alta, fría, agria, que cuarenta años atrás había llevado a la bancarrota a su cuota de colonos blancos» y que ahora estaba arruinando el maíz, las judías y las patatas de los kikuyu. La cooperativa lechera aceptaba leche que había sido diluida con agua fangosa de río, y las vacas morían porque los pequeños productores no podían permitirse bañarlas contra las garrapatas.

Algunos colonos europeos presagiaron un negro panorama y abandonaron Kenia en busca de pastos en teoría más verdes: Australia, Sudáfrica, Nueva Zelanda...

incluso el Reino Unido si eran realmente valientes. Los que se quedaron tuvieron que aceptar los cambios, a menudo dolorosos de contemplar, porque los propietarios y políticos africanos hacían las cosas a su manera, dividían las granjas y dejaban que las antiguas y hermosas casas cayeran en un estado de abandono.

La mayor parte de la vida de Solomon Gitau ha transcurrido en este contexto de cambios rápidos a lo largo de las décadas posteriores a la independencia. El «trabajo» de Solomon no acaba nunca ni le pagan por hacerlo, pero él sigue adelante como si su vida dependiera de ello. Yo había empezado a comprenderlo un poco mejor tras leer su autobiografía manuscrita.

Solomon titula su historia *Born in Happy Valley*. Es un humilde relato de la lucha de un muchacho inusualmente joven contra la pobreza, la crueldad y la incomprensión. El padre de Solomon, Gitau, fue un conocido luchador por la libertad asesinado por los británicos. La familia de Solomon ni siquiera sabe dónde está enterrado. Los Aberdares eran su coto de caza: era un anciano muy respetado al que la gente conocía como Nya Ndarua. Tras la independencia, explica Solomon, a esa zona se le puso su nombre. Pero, según Solomon, Gitau no era su verdadero padre, un hecho que no le granjea el cariño de sus hermanos mayores.

La señora Gitau ya tenía más hijos de los que podía alimentar, pero el 29 de diciembre de 1959, Solomon nació en su pequeña choza circular con paredes de barro. La madre de Solomon y sus hermanos mayores estaban por entonces, década de los sesenta, llenos de esperanza e ilusión ante la posibilidad de construir su cabaña con techo de paja en la parcela de tierra que les acababan de asignar.